

COLECCIÓN



AQUILES NAZOA / PATA CALIENTE

LA VIEJITA SIN MEMORIA

Autora: Marisa Vannini de Gerulewicz

Ilustraciones: Myriam Álvarez / Irgrelis Rondón



10

Fondo
Editorial
Ipsame



LA VIEJITA SIN MEMORIA

MARISA VANNINI DE GERULEWICZ



COLECCIÓN
AQUILES NAZOA





Había una vez una viejita, muy, muy vieja... pero era también muy, muy bonita.

Tenía un lindo pelito blanco enortijado que le enmarcaba la cara, y dos ojos de pupilas azules grandotas que la hacían parecer una muñeca. De muñeca también tenía el cuerpecito pequeño y regordete, las manos de uñas rosadas, los brazos y piernas de piel suave como la de los bebés, los piececitos que siempre iban a paso de baile.

Es decir, tenía todo perfecto o casi, pero... pero la viejita tenía un gran problema: no recordaba nada, se le olvidada todo... la viejita no tenía memoria.



Eso era un grave inconveniente. Al despertar por la mañana se bañaba, pero no recordaba si se había cepillado los dientes, total debía cepillárselos varias veces, lo que por cierto era bueno porque los mantenía blanquitos y sanos; luego tampoco recordaba si había desayunado o no, y a veces no almorzaba porque no sabía si ya lo había hecho, o bien otras veces, almorzaba doble.

Cuando salía le costaba trabajo regresar porque entre tantas casitas de aquel pueblo, casi todas parecidas, no lograba recordar cuál era la suya.

Lo mismo sucedía con las cartas que le escribían, que nunca se acordaba si ya las había contestado, ni si las había recibido; con la cuenta del agua y de la luz, que se le olvidaba pagarlas; con la lámpara de la sala; con la cocina eléctrica, que siempre estaba a punto de dejarla prendida al acostarse, con el riesgo de provocar un incendio. Cuando iba al mercado olvidaba llevar el dinero y con mucha pena, tenía que apartar las compras y regresar a la casa a buscar el monedero.



Afortunadamente, la viejita tenía un loro, Coronel Primero, que hablaba muchísimo y la ayudaba bastante. Así muchas veces a golpe de doce, cuando el sol brillaba en el centro del cielo, Coronel Primero, a gritos, le llamaba la atención:

– ¡Almuerzo, viejita, almuerzo!

Y también decía:

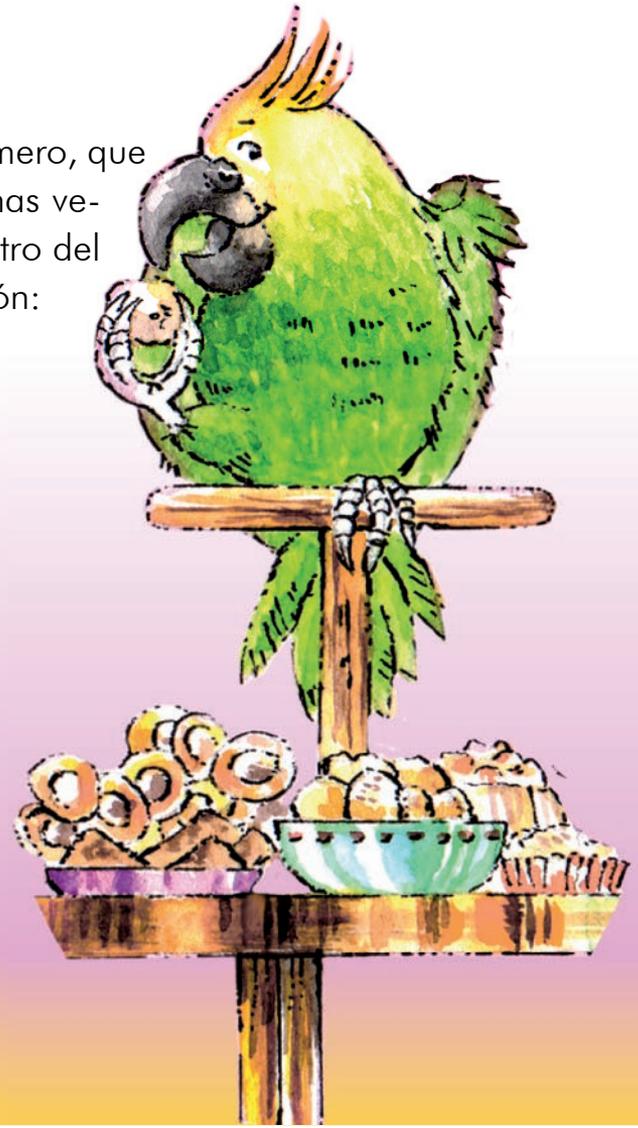
– ¡Almuerzo, almuerzo para Coronel Primero!

Al llegar la noche:

– ¡Apaga, viejita, apaga, luz, luz, apaga!

Al ver la hornilla encendida:

– ¡Apaga, viejita, fuego, fuego, apaga!





Nyniam A.



Cuando la viejita regresaba del paseo y buscaba sin encontrarla su casita, Coronel encaramado en la reja de la ventana le gritaba:

– ¡Aquí, aquí, viejita, aquí!

A la viejita le gustaba vestirse de colores delicados y tenía lindos trajes, todos largos y completados por una exquisita sombrilla: uno amarillo pollito, uno verde agua, uno azul celeste, uno gris perla, uno rosa suave y uno violeta claro.

El amarillo lo usaba en los días de sol, y parecía un girasol o un sol ella misma; el verde agua, para pasear en el campo y se le veía como hierba tierna; el azul celeste para las horas de la tarde y se confundía con el cielo; el gris perla en los días nublados y en el flotaba como una nube; el rosa cuando salía tempranito y entonces se parecía al amanecer; el violeta para los días de fiesta, y se le veía engalanada como un árbol de mil flores de apamate.

Por cierto, ella se llamaba Violeta, pero todos le decían viejita, sólo el loro la llamaba Violeta a veces, especialmente cuando ella no le hacía caso, si por ejemplo amenazaba lluvia y se demoraba en encontrar el camino hacia el hogar:

– ¡A casa, viejita, a casa! - le gritaba al divisarla Coronel Primero.





Si ella no se apresuraba, él insistía entonces:

– ¡A casa, Violeta, aquí, aquí, aquí!

Gracias a él, Violeta entraba sin mojarse.

Quando hacía mucho sol, el loro le recordaba llevar la sombrilla, cuando llovía, el paraguas, y cuando iba de compras, la cartera:

– ¡Sombrilla, viejita, sombrilla!

– ¡Paraguas, viejita, paraguas!

– ¡Cartera, Violeta, cartera! - vociferaba desde lo alto de su percha.

Con la cartera era otro lío, porque también la dejaba olvidada en cualquier parte. Afortunadamente el loro sabía donde iba, y si regresaba sin ella la ayudaba a recuperarla gritándole:



– ¡Cartera, viejita, mercado, mercado!

– ¡Cartera, viejita, iglesia!

Y no la dejaba entrar, cortándole el paso con sus alas alborotadas y las plumas del copete erizadas, hasta que ella se devolvía, e iba a recoger la cartera.

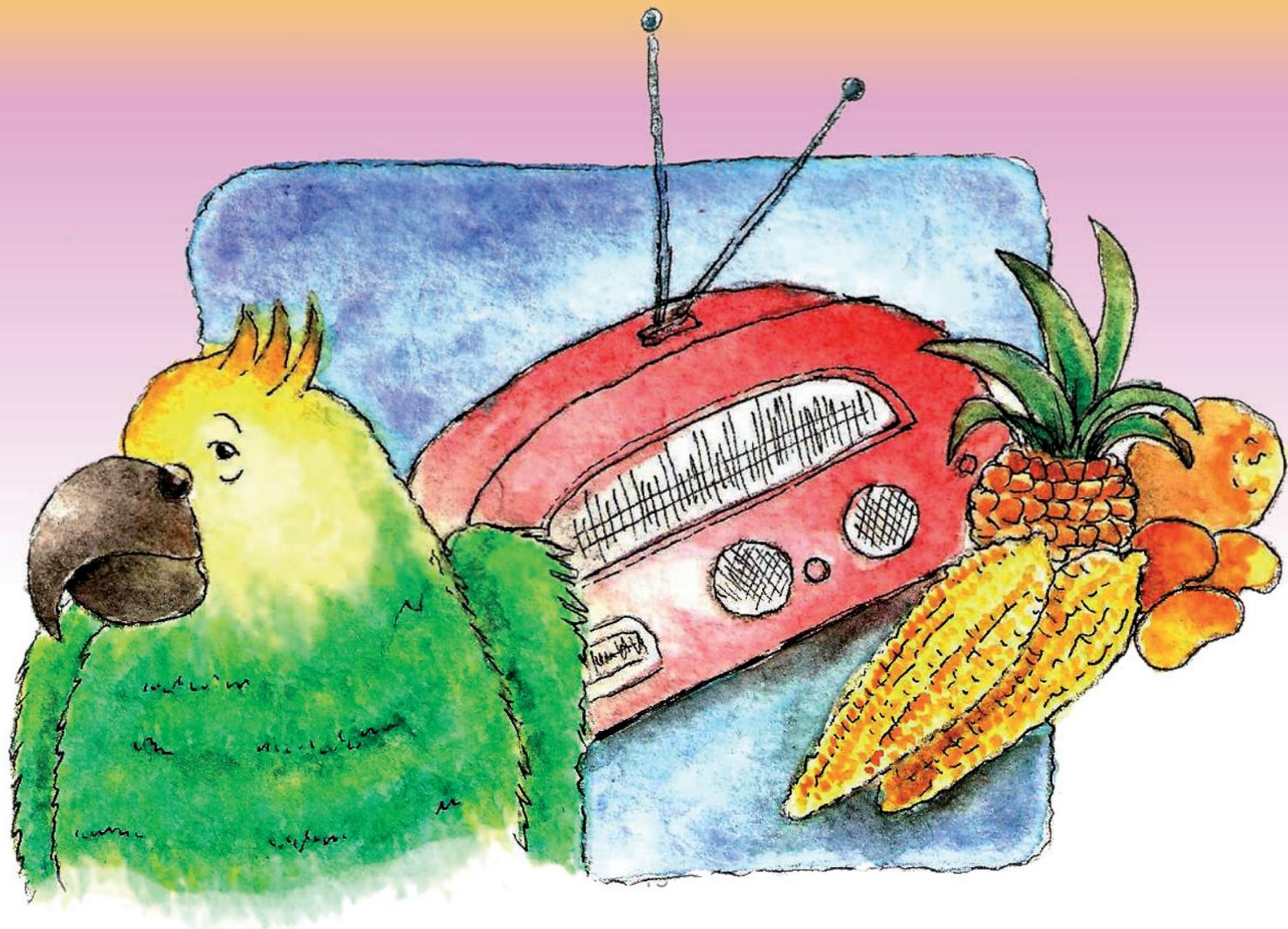
Sucedió que un día a un muchacho muy tremendo que se llamaba Aristóbulo se le ocurrió robarse el loro de la viejita Violeta. Mediante engaño, por supuesto. Se le acercó con un cambur en la mano, hablándole amistosamente, invitándolo a dar un paseo al borde del río, y el lorito cayó, y lo siguió. El muy bandido entonces lo tapó con un trapo oscuro para que creyera que era de noche y no chillara, y luego lo encerró en una estrecha jaula. Estaba contento porque podría ufanarse de tener un loro hablador, el

más hablador del pueblo, del país y quizás del mundo. Hasta pensaba viajar con Coronel Primero, exhibirlo y quizás, volverse rico y famoso gracias a él.

Pero se llevó una gran sorpresa: desde aquel día, el loro no habló más. No valieron los jojotos tiernos, los granos de arroz, las frutas maduras, las caricias, el repetirle mil veces su propio nombre: Aristóbulo, A-ris-tó.bu-lo. No valió ponerle el radio con los merengues, mambos y salsas de moda. Nada, el lorito obstinado, terco, callaba día y noche, y desde entonces no volvió a abrir el pico. No quiso hacer amistad con él, al contrario, si Aristóbulo se le acercaba, trataba de picarlo ¡y bien duro!



De pronto, una sorpresa aún más grande, un hecho extraordinario empezó a sucederle a Aristóbulo: se dio cuenta de que, poco a poco, iba perdiendo la memoria.



Al momento de despertar ya no sabía si era lunes, martes o quizás domingo, si había o no clase. Tampoco recordaba si había terminado la tarea. En la escuela, a pesar de haber estudiado las lecciones de historia y geografía hasta altas horas de la noche, no podía responder las preguntas del maestro: se le había olvidado todo. Quedaba mudo, de pie en el medio del salón, entre las risas y burlas de los compañeros.

Había llegado al punto de que por momentos se le olvidaba su propio nombre (y eso que era bien característico) y cuando el maestro pasaba la lista, por más cuidado que pusiera, no sabía cuando contestar: –¡Presente! – Lo salvaba su compañero, un gordito que se había dado cuenta de la situación y al oírlo nombrar “Aristóbulis, Aristóbulo” lo avisaba con un buen codazo.

Mientras tanto, la viejita también pasaba malos ratos.



El día en que se fue su loro, que era domingo y andaba vestida de violeta, vagó por todo el pueblo esperando la voz amiga que le dijera:

– ¡Aquí, viejita!

– ¡A casa, Violeta, aquí!

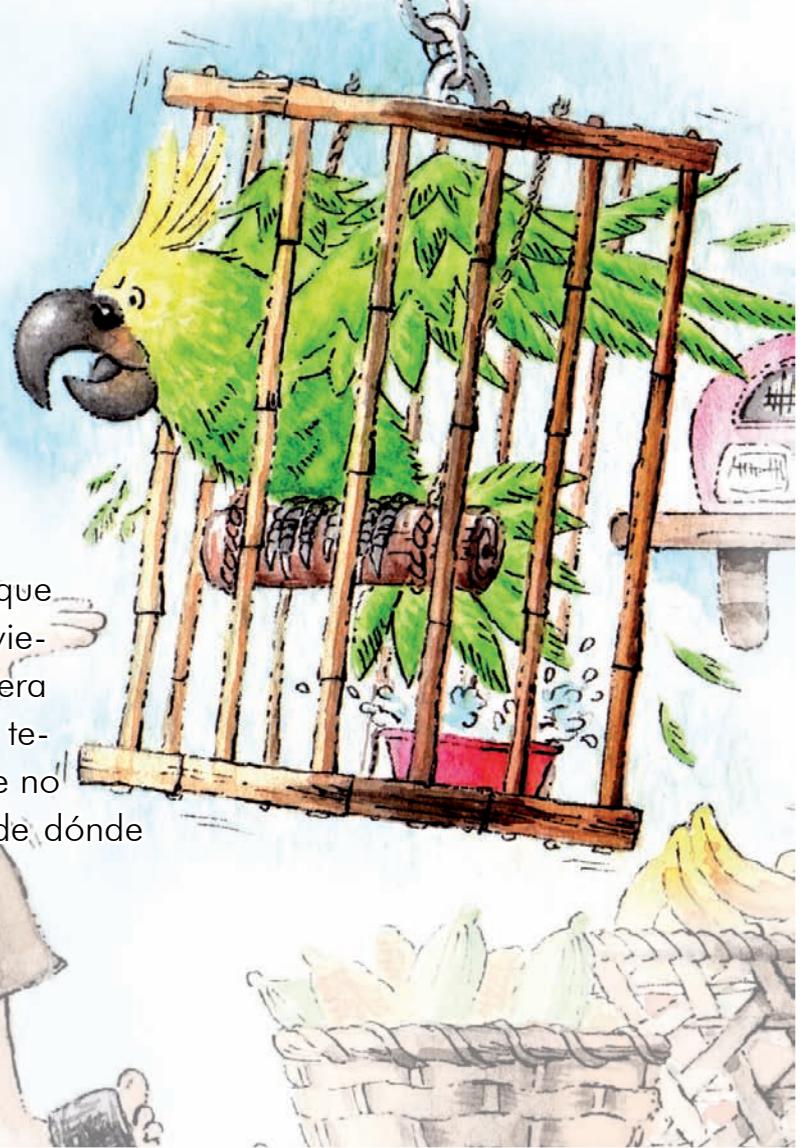
Sólo tarde en la noche logró conseguir una casa y una puerta en la cual pudo poner la llave para que se abriera, y reconocerla como la suya.

¡Pobre viejita! Se iba poniendo flaca porque ya no se acordaba cuando era hora de comer, los dientes se le ponían amarillos porque olvidaba cepillárselos, no tenía más ganas de vestir sus lindos trajes, el amarillo pollito, el verde agua, el azul celeste, el gris perla, el rosa suave, el violeta claro. Cuando se ponía uno se le olvidaba la sombrilla, y tampoco quería salir a pasear, porque tenía miedo de extraviarse y no saber regresar. Ya no estaba Coronel Primero que le gritara:

– ¡Aquí, viejita, aquí! ¡Aquí, Violeta, aquí!

Se sentía como perdida y no sabía por qué. La verdad era que su memoria era tan mala que ni siquiera se acordaba que tenía un loro, ni que el loro se llamaba Coronel Primero, ni que él era quien la ayudaba en todo, en vivir y sentirse viva.

Sucedió que un día Aristóbulo comprendió que todo aquello le pasaba por haber sido tan travieso, por haberse apropiado de un loro que no era suyo. Se arrepintió y decidió devolverlo... pero tenía en aquel momento tan mala memoria que no pudo recordar dónde lo había encontrado, de dónde se lo había llevado.





Sucedió también que un día la viejita, que por cierto se había vestido de violeta pero había olvidado la sombrilla, confundió el camino para la iglesia y al tratar de encontrarlo dio una vuelta más larga que de costumbre. Camina, camina, llegó a la casa de Aristóbulo.

Este no la conocía, y le extrañó ver a una dama tan agradable y elegante. Salió a su encuentro, invitándola a entrar. Pero quien la conocía y se alegró muchísimo al verla fue Coronel Primero, que sacudiendo su jaula, empezó a gritar:

– ¡Aquí, viejita, aquí!

Y viendo que no tenía la sombrilla agregaba:

– ¡Sombrilla, Violeta, sombrilla!

Violeta lo sacó de la jaula, lo acarició y besó mientras Coronel Primero no dejaba de hablar:

– ¡Ay, ay Violeta!

– ¡Almuerzo, viejita, almuerzo!

– ¡Almuerzo, Coronel Primero, almuerzo!

Por fin empezó a chillar:

– ¡A casa Violeta, a casa Coronel Primero, a casa, a casa!

Violeta sonreía contenta abrazando su loro. Aristóbulo, muy mortificado, se arrepentía cada vez más del mal que había hecho.

– Este loro es mío, es Coronel Primero – le dijo Violeta. – ¿Puedo llevármelo? Sabes, no tengo memoria, y él me protege y me guía.



– Yo también soy débil de memoria – dijo Aristóbulo, avergonzado.
– Por eso cuando quise devolver el loro, no pude recordar donde fue que lo encontré.

– Por supuesto, en mi casa. Vamos para allá.

En eso, se miraron a la cara: ninguno de los dos se acordaba donde quedaba la casa de la viejita.

Afortunadamente el loro, que todo lo había entendido y tenía muchas ganas de regresar a su hogar, se colocó delante de ellos y medio volando, medio revoloteando y medio caminando, trataba de enseñarles el camino.

Pero no fue necesario. Aristóbulo, de repente, se dio cuenta de que había recobrado completamente la memoria y dándole el brazo condujo a la viejita con paso seguro, hasta su hogar. Iban conversando y recogiendo flores del camino y cuando llegaron, precedidos por Coronel, Violeta invitó a Aristóbulo a compartir su merienda.

Desde entonces, todas las tardes y a la misma hora, Aristóbulo, Violeta y Coronel Primero comen juntos unos sabrosos pasteles en una mesita redonda colocada a la puerta de la casa, renovando cada día una cariñosa amistad.

Yo muchas veces los he visto. ¿Y ustedes pueden verlos, queridos amigos?

¡Ah! Y desde entonces el loro está tratando, con bastante trabajo, de incorporar una palabra nueva a su vocabulario.

Ya casi la dice completa:

-¡Ari- Ari -Aristo – Aristó-bulo, ay, ay, aquí!





MARISA VANNINI

Nací en Italia, Florencia, la “ciudad de las flores”. Mis padres me trajeron jovencita a Venezuela, país al cual quiero mucho. Soy profesora de Letras, graduada en la Universidad Central de Venezuela y luego estudié Idiomas Modernos en el Instituto Pedagógico. Soy docente de toda la vida empecé con Pre-escolar, luego Primaria y Bachillerato, hasta ser profesora de la Universidad Central de Venezuela y de la Universidad Metropolitana.

Escribo cuentos para niños y jóvenes, muchos de ellos los he creado junto con mis alumnos cuando daba clases en el pre-escolar y primaria. Ahora soy una señora anciana, tengo tres hijos y cuatro nietos, los cuales quiero mucho y son: Natalia, Fabián, Eugenio y Simón. A ellos y a todos ustedes mis queridos pequeños les dedico estos cuentos.

Saludos

Marisa Vannini



POR LA LIBERACIÓN DEL PENSAMIENTO

